

al hombre sensible en favor de sus hermanos; la indignacion, para proscribir y degradar los ejemplos de una prosperidad culpable; la vergüenza, para humillar al hombre vicioso y soberbio, á la vista de su bajeza, de su oprobio y de su nada.¹

Algunos espíritus alucinados por el progreso de los intereses materiales de nuestros tiempos, por el brillante y seductor aspecto de las nuevas teorías, han creído sorprender en el cuadro de la época signos infalibles de una decadencia próxima para la elocuencia sagrada; y déjase ya entender, que no discurren de esta manera sino porque suponen ventajosamente contrabalaceado, con el orden puramente físico los intereses materiales y la ruidosa boga de una literatura bastarda, el inmenso poder del catolicismo. ¡Insensatos! Mientras haya instintos en la razon para buscar la verdad, mientras el arrepentimiento y la esperanza ocupen algun lugar en el drama de la vida, mientras los recuerdos y el porvenir saquen al hombre de la escena transitoria para fijarle en el teatro de la realidad, mientras la paz interior no haya perdido sus encantos, las miserias tengan un asilo, las lágrimas alguna representacion y el cielo algunos suspiros en la tierra; la Iglesia tendrá hijos, sus predicadores oyentes, y su elocuencia admiradores y apasionados.

Mas, ¿para qué buscar esta clase de argumentos? La palabra del orador sagrado cuenta con una promesa superior á todas las previsiones y temores humanos, porque está garantida nada ménos que por la palabra del Hombre Dios. *Estad seguros*, dijo Jesucristo, *de que yo permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.*² La elocuencia sagrada no dejará pues de existir sino cuando la voz de Dios haya vuelto á la nada el último minuto del tiempo.

¹ *Marmontel*. *Elemens de litterature*, art. *Chaire* (eloquence de la).

² *S. Mat.*, cap. XXVIII, v. 20.

SEGUNDA PARTE.

Si la filosofía, como ha dicho un autor de estos últimos tiempos, es la tendencia reflexiva del hombre hácia la sabiduría; si la sabiduría es la razon gobernando la práctica por la teórica, la verdad revisando el bien en todos nuestros actos, la ciencia aplicada á la direccion de la vida humana; si la ciencia tiene por oficio propio dirigirnos, llamando sus investigaciones todas á la cuestion capital de nuestro último fin; ¿quién puede disputar su eminente primado en la escala de la civilizacion á esta palabra de verdad y de vida que, atrayéndolo todo á la perfeccion moral de la especie humana, para volverlo todo hácia el pensamiento supremo que domina en el designio de la creacion, nunca se mueve, digámoslo así, sino en esa línea siempre recta tirada de Dios á Dios, por donde el hombre camina siempre que pártese de su principio para encaminarse á su último fin? Grite y declame cuanto quiera esa filosofía bastarda que tiende á sacarlo todo de sus quicios: ántes de Jesucristo el genio tenia sus glorias, la ciencia sus prestigios, las artes culto y admiradores; pero ninguna de estas cosas habia podido reconocer á un comun centro de relaciones, caer bajo el dominio de la unidad, ni ménos todavia depurar el sentimiento moral en el vario sistema de las costumbres: la civilizacion era un *desideratum* para el mundo en todo sentido. Ciencias, artes, literatura, política, legislacion, sociedad, pueblos, gobiernos, &c., &c., todo estaba por civilizar, y no lo probamos aquí, porque una simple disertacion niega el asilo á mil páginas de la historia: porque la historia de todas estas cosas es lo que debia servirnos de prueba, y porque el sentido comun ilustrado por los desengaños testifica por aclamacion esta verdad histórica: *la fe ha civilizado al mundo.*

La elocuencia sagrada, situada exactamente entre los atributos de Dios y las necesidades del hombre, maneja con soberanía todas las relaciones que médian entre la naturaleza

¹ *Gibon*. (M. A.) *Cours de Philosophie*, Chap. préliminaire.